

Mi comentario al
Melólogo *GUZMÁN EL BUENO*
DE
TOMÁS DE IRIARTE

En el año 2.000 me pidieron hacer un recital de cámara del *Melólogo Guzmán el Bueno* de [Tomás de Iriarte](#), y lo hice. Fueron dos actuaciones, una en el Cine Timanfaya de Puerto de la Cruz, el 1 de diciembre, y otra en el Salón de Actos de CajaCanarias en Santa Cruz de Tenerife, una semana después. Fue una experiencia muy interesante, ya que, como era sabido, el melólogo aunaba voz recitada y música, pues esta *escena trágica unipersonal*, que así la llamaba su autor, había sido creada con música en sus intervalos y compuestas ambas por d. Tomás de Iriarte.

Este hombre de la ilustración y el neoclasicismo, Tomás de Iriarte, nació el 18 de septiembre de 1750 en Puerto de la Cruz de Tenerife. Se marchó a Madrid a los 14 años junto con su tío Juan de Iriarte. Su carrera literaria se inició como traductor de teatro francés, aunque tradujo también el *Arte poética* de Horacio y publica *Hacer que hacemos*, *El señorito mimado*, *La señorita malcriada*, el poema didáctico *La música* y esta obra que traemos hoy aquí, titulada *Guzmán el Bueno* (1791), pieza con la que introduce la forma del melólogo, drama unipersonal con acompañamiento de orquesta, subgénero

teatral creado en el país vecino por Jean Jacques Rousseau.

Reconocido por el gran público y los jóvenes lectores por sus *Fábulas literarias* (1782), reivindica ser el primer español en introducir el género, lo que le motivó enfrentamientos con su amigo el fabulista Samaniego, quien publicó sus fábulas un año antes [v.Wikipedia, http://es.wikipedia.org/wiki/Tom%C3%A1s_de_Iriarte]. Fue también el compositor de muchas sinfonías hoy extrañamente desaparecidas y, por supuesto, de la música de su melólogo que nos ocupa, *Guzmán el Bueno*.

Su idea de la poesía era propia de la Ilustración: *Los pueblos que carecen de poetas carecen de heroísmo; la poesía conmemora perdurablemente los grandes hechos y las grandes virtudes*. Quizá sea esta forma tan ortodoxa de pensar la que le llevó a reconstruir su visión del personaje Guzmán, nominado por la historia como *El bueno* por permitir que su hijo fuera muerto delante de sus ojos antes de rendir Tarifa¹.

¹ Guzmán el Bueno, Alonso Pérez de Guzmán, duque de Niebla: Noble castellano, origen de la casa ducal de Medina Sidonia (León, 1255 - Gaucín, Málaga, 1309). Era hijo bastardo del adelantado mayor de Andalucía, Pedro Núñez de Guzmán. Por desavenencias con sus hermanos abandonó el reino y se puso al servicio del sultán de Marruecos. Regresó a Castilla en 1291, llamado por Sancho IV, quien quería aprovechar su conocimiento y relaciones con los musulmanes en su lucha contra los benimerines por el control del estrecho de Gibraltar. Participó en la conquista castellana de Tarifa (1292), plaza de la que fue nombrado alcaide (1293).

Se distinguió en la defensa de la ciudad frente al asedio que le puso el sultán benimerín Ibn Ya'qub (o Abenjacob), al que se había unido el hermano del rey, el traidor infante Juan. Éstos quisieron acelerar la rendición de la plaza ante la inminente llegada de una flota aragonesa para romper el cerco, capturando al hijo de Guzmán y amenazando con matarle si el alcaide no rendía Tarifa; según la leyenda, no sólo no se rindió, sino que lanzó a los sitiadores su propio puñal para que cumplieran su amenaza, gesto heroico que le valió el sobrenombre de el Bueno (1294).

El hijo de Guzmán fue, efectivamente, asesinado, pero el asedio fracasó y hubo de ser levantado enseguida. Guzmán continuó combatiendo en Andalucía contra los musulmanes, hasta que halló la muerte en la Serranía de Ronda.

Por supuesto que no estuve nunca de acuerdo con la manera de pensar que mostraba en el texto de su melólogo, pero lo vi muy interesante como actor, teniendo en cuenta el reto que representaba para mí hacer esta representación tan especial de un monólogo [en este caso *melólogo*: pues aunaba texto teatral interpretado y música para orquesta]. Sé de muchos actores de teatro y cine que han gustado de encarnar personajes que no tenían nada que ver con sus personalidades ni formas de pensar. También veía no sólo alejada de mí la mentalidad de Guzmán, sino la del propio Iriarte, quizá a mil años luz con respecto a la de Guzmán, a quien podía llegar a comprender, ya que él, Iriarte, un *intelectual* de la ilustración y corte, había creado y llevado a la escena a un personaje militar tenido por los historiadores del siglo XIV como héroe, pero deliberadamente manipulaba en los versos sus posibles sentimientos desde una perspectiva en absoluto trágica sino, por el contrario, ñoña y melodramática. Curiosamente, ese aspecto me lo hacía aún más atractivo, pues no solamente iba a encarnar a un militar de los de antes, sino que encima era un reconocido héroe del sacrificio parental.

Desde esa perspectiva me recordaba ese hecho a aquellos años en que me empeñé en dirigir y representar una de las obras más ríspidas, fetichistas y *encantadoras*, de nuestro repertorio del teatro español: *Don Juan Tenorio* de Zorrilla. De esta experiencia hablaré en otra ocasión, pues, aunque fue jugosa, no es el momento.

Debo dejar constancia aquí que actuó como director de orquesta el magnífico músico Mark Peters, tanto en las dos actuaciones como en esta grabación de varios tracks que adjunto.